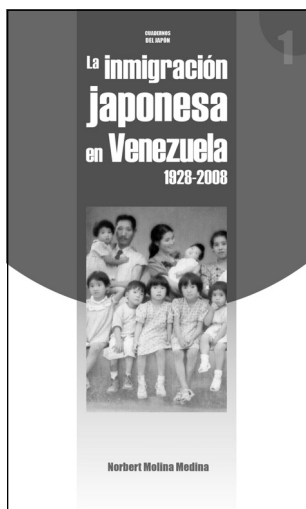


## Reseñas

**Molina Medina, Norbert. *La inmigración japonesa en Venezuela 1928-2008*. Mérida, Dirección General de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes / Centro de Estudios de África, Asia, y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas “José Manuel Briceño Monzillo”, 2012, 44 pp. (*Cuadernos del Japón*, 1).**

**Víctor Daniel Albornoz**



Norbert Molina Medina, investigador del Centro de Estudios de África, Asia, y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas de la Universidad de Los Andes, nos ha plasmado el resultado de su investigación sobre la inmigración japonesa entre los años 1928-2008, en el primer número de *Cuadernos del Japón*, iniciativa editorial que celebramos dado que viene a llenar un espacio en la historiografía venezolana sobre la temática nipona, donde crece cada vez más el estudio de la cultura japonesa y su relación con Venezuela y Latinoamérica.

Esta primera publicación de *Cuadernos del Japón* cuenta con una presentación de Hernán Lucena, director del CEAA, intitulada “Una nueva propuesta...”, y otra de Mauricio Navia, Director de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes. Por su lado, el texto de Molina Medina está dividido en tres apartados y al final tiene sus conclusiones. El primer apartado, titulado *Las leyes venezolanas y la migración asiática*, se enfoca en los primeros contactos que existieron entre Venezuela y Japón: a saber, el episodio de delicadas mi-

siones militares en la guerra ruso-japonesa, a principio del siglo pasado, en que estuvo imbuido el general tachirenses Rafael De Nogales Méndez, a través del gobierno de Corea; y la aventura infructuosa en busca de riqueza petrolera de Seijiro Yazawa, el primer inmigrante japonés en Venezuela que se cree ingresó en 1928, aunque algunos datos refieren este suceso un año después. Igualmente el capítulo detalla información respecto de las restricciones legales que Venezuela imponía a la migración asiática desde el siglo XIX y durante buena parte del XX, entre lo que resalta la puntual información que el autor consigue sobre motivos de tinte racista que segregaban a los inmigrantes asiáticos, considerados “el peligro amarillo” (p. 20), como en el caso de los ideólogos del gobierno de Juan Vicente Gómez que solo eran partidarios del ingreso de población blanca europea a Venezuela para lograr un “blanqueamiento de la población” (*idem*). No obstante, en los intervalos de admisión por parte del gobierno venezolano, dos corrientes migratorias pioneras lograron en parte establecerse y permanecer para asegurar la permanencia por generaciones, a pesar de una serie de obstáculos que el autor sabe ilustrarnos; ellas son: 1) un grupo de pescadores traídos por Yasawua desde Panamá, y que se devolvió casi completamente tras una serie de adversidades y 2) quienes venían desde el Perú, encabezados por Yizu Yonekura, y quienes tuvieron mejor suerte en su intento de establecerse.

El segundo apartado, denominado: *Los avatares de la guerra: Las penurias de la comunidad nipona en Venezuela*, describe la situación de la migración japonesa en Venezuela, nueve familias con veintitrés hijos y catorce solteros, a partir de la Segunda Guerra Mundial, y sobre todo desde los sucesos de Pearl Harbor, sometidos a una serie de medidas para evitar una expulsión del país, pues el gobierno de Venezuela se había declarado solidario con EEUU, la colonia nipona se estableció en Ocumare del Tuy, estado Miranda, acatando a una serie de restricciones económicas dictadas contra todos los ciudadanos de los países del Eje que residieran en el país.

El tercer apartado, *En búsqueda de nuevos horizontes: La expansión y consolidación hacia el interior*, ya menos detallado, se ocupa de darnos un panorama general de lo que ha sido a partir de la década de los cincuenta del siglo XX el proceso de asentamiento de los inmigrantes provenientes de Japón, cuando se dejaba ingresar sin problemas a los ciudadanos de ese país, pero se les vigilaba de cerca, pasando por los años sesenta, cuando ya ha quedado de lado el prejuicio racista para con los países asiáticos y se atestiguan llamados como los del escritor e historiador Ramón Díaz Sánchez a un incremento de la migración en búsqueda de un acrecentamiento en la riqueza biológica, cultural y tecnológica, lo que derivaría en una supresión

de los elementos racistas de la Ley de Inmigración y Colonización (pp. 33-44). A partir de allí el estudio aporta una serie de datos que hace énfasis en el crecimiento del intercambio de Venezuela con Japón hasta el año 2008.

Al final, el libro nos ofrece una serie de fotografías que ilustran la vida de los japoneses en Venezuela durante las décadas de los años treinta y hasta los sesenta.

Metodológicamente la investigación es rigurosa, y a pesar de contar con pocos antecedentes, suministra una cantidad de datos muy importantes en los dos primeros apartados. A pesar de esto, el tercer apartado es un panorama general y brinda datos sin dar análisis, por lo que entendemos que, quizás, el estudio debió haberse limitado hasta la década de los años cuarenta para conservar su rigurosidad, y guardar los datos siguientes para enriquecerlos y analizarlos en un trabajo posterior que abarcase las décadas siguientes. Sin embargo, el lector sabrá agradecer este panorama tan general para tener un primer acercamiento a lo que más recientemente ha sido la relación migratoria y cultural entre Venezuela y Japón.

Tendrá en sus manos, tanto el lector especialista como el profano, una investigación sobre un tema poco abordado que invita a descubrir más novedades en la relación entre ambos países, y, en esa misma medida, nuevos datos sobre la historia de Venezuela y de Japón más allá de sus respectivas fronteras, donde sus ciudadanos han vivido y viven una historia que bien vale sacar a la luz.

